

El día en que el cielo dejó de llorar

Caía una tarde silenciosa bañada por una luz tenue anaranjada. El humo de un vehículo pintoresco se esparcía por un cañaduzal vacío dejando una huella que se discernía con el aire fresco de un enero marchito. Las gentes de la montaña hablaban a gritos sobre la cosecha del mes, maldiciendo la dureza del trabajo y la pobreza empantanada que no se separaba de ellos. Era la primera vez que Teodoro Marquisio viajaba a su nueva vida, a repetir un año de estudio ganado con méritos solo por la pura necesidad de asegurarse un futuro anodino. A su lado, dos extraños que lo acompañaban mecidos por los mismos sueños envueltos en aluviones, cavilados por adherirse momentáneamente a una vida indolente bajo las faldas andrajosas de sus madres. En una curva terrenal se doblaba el camino bruscamente para acercarse un poco a la rivera del pueblo cuyo nombre era santoral y cuyas calles se convertirían en los recodos misteriosos de las aberraciones teodorescas. Allí, una virgen de yeso, encerrada en una cofradía tenebrosa, sobre unos huecos parecidos a sepulturas sin bóveda, vigilaba constante a todos los transeúntes que subían y bajaban del cielo al infierno. En el vehículo los viejos se desprendían de los sombreros alados reluciendo unos cráneos pelados y sudorosos, rindiéndole pleitesía a la misionera terrenal, madre del salvador. El viaje no fue largo, no duró ni siquiera el tiempo necesario para embriagarse con el olor nauseabundo de esos coches poblados por lugareños desbaratados, quienes se precipitaban a abandonar la marcha en cualquier camino perdido que desaparecía absorbido por las montañas gigantes que no tenían cima. Cuando llegaron al pueblo solo quedaban los tres extraños, además de dos almas olvidadas -quienes desaparecieron sin dejar rastro-, y el enorme conductor con su protuberante abdomen y su rollo de billetes de coloridos radiantes.

Teodoro era un joven apacible, sumergido en los barrancos inestables del juicio prolongado y el estudio constante. Junto a él llegaba una hermosa mujer de ojos claros con una voz delicada y un niño sacado de los brazos de su familia por la misma carestía de la vida futura. Los tres serían desde entonces aliados furtivos

de una travesía maquiavélica que duraría el tiempo suficiente para no ser olvidado nunca.

La primera impresión de aquella esplendida villa fue la que eternamente se impregnó en la memoria turbia de Teodoro, caballos rebuznando por todos lados, balcones coloniales de una época infame preservados contra la calamidad del mal tiempo y el paso inerte de los años, música de feria en antros que se regaban por toda la plaza y se confundían en un bullicio desordenado y, sobre todo, aquel aire cómico de montaña contaminado con la frescura de una tarde soleada bañada con un soplo frío y envolvente, era esa la paz perenne a la que siempre estarían sometidos durante las tempestades de tedio, fantasía y zafarranchos a las cuales se acostumbrarían por falta de miedo y compostura. Una especie de internado aguardaba impaciente la llegada de los nuevos inquilinos para otro año de travesuras, camufladas con los estudios realizados en los dos únicos colegios capaces de recibir en sus entrañas las semillas de un futuro doblegado. La casona gigante de tapia y bahareque guardaba las espaldas de un templo ostentoso, ocupando toda una manzana junto con la morada deshabitada de las religiosas en exilio y una capilla minúscula en donde los santos de yeso movían sus miembros y cambiaban por sí mismos de un lugar a otro para confundir a las señoras rezanderas que huían despavoridas. Esas cuatro paredes eran el claustro de chiquillos bachilleres ajuiciados bajo la norma parroquial, las monjitas se habían ido para siempre y ya no eran las depositarias de la vida hogareña, en su lugar, enviaban a algunos hombres escupidos por el seminario para enfrentarlos a una vida que jamás entenderían. Teodoro seguía a sus dos feligreses de viaje quienes parecían conocer con una fluidez esplendorosa el corto camino de pocas zancadas que los llevaba del barullo de la plaza al silencioso espacio donde vivirían por varios años. Sorprendido, disimulaba cada paso mirando al pavimento que recorrían melancólico, al entrar por una enorme puerta de madera despintada y corroída se encontró con un mundo sorprendente, sintiéndose conquistador de una maravilla antigua. Unos balcones de madera encerraban los corredores del segundo piso, en donde colgaban muérdagos y cuernos y florecían novios y curazaos en enormes materas de barro, las tejas del techo se acurrucaban unas

contra otras y abajo, en medio de todo, una alberca artificial en donde jugueteaban chapoteando unas personas lánguidas que nunca volverían a ver.

Ese fue su paraíso terrenal, a donde se enfrentaría con sus demonios internos que incluso él siempre temió dejar escapar, porque son ellos los mutilados sueños de toda creatura sedienta, en ciertos modo, de aventuras insípidas, amoríos sin rostro y tristezas pasajeras. La habitación era un cuarto lleno de catres de dos pisos separados unos de otros por tres o cuatro baldosas color verde que ya no brillaban como esmeraldas, un tinte blanquecino cubría el suelo opaco y algunos remiendos grisáceos convertían el piso en un retazo de modista muerta. En cambio, el cuarto de las señoritas a donde desde siempre se les había prohibido ingresar, estaba tapizado con tablas de cedro apretujadas y selladas con tinta ocre. Todas ellas tenían un privilegio envidiable, a lo largo de la habitación se abrían ventanas gigantes por donde entraba un cálido viento de una primavera casi invernal, desde donde se podía escrutar todas las calles embarradas con mierda de caballo y atestadas de lugareños halando un aliento a caña de azúcar. Tal vez a las jovencitas se les otorgaba este sacrosanto lugar para que en las noches septembrinas los novios convertidos en proezas de la música callejera lanzaran una piedrecilla minúscula contra una ventana, llamando a alguna amada claustra para que escuchara, en medio de su ebriedad, los boleros y bambucos de la romería popular.

El primer compañero desconocido, como lo serían todos al principio, era un joven musculoso de cabello rizado, descaradamente servicial, que gozaba de un encanto magnético con el cual atraía a señoras lujuriosas que cambiaban a sus amantes cascarrabias por veladas mágicas, llenas de risitas inmorales. Unas cuantas monedas bastaban para perderse en los brazos prematuros de Cristian Chaverra, quien secretamente vendía su desnudez y pasaba a la deriva sonriendo y saludando a las víctimas de su necesidad. Esta libertad y la devoción a la placentera vida de niño de compañía era sometida con las hermosas señoritas con quienes compartía el internado; esto quedó demostrado una tarde cuando al otro lado del corredor estaba sentado Teodoro con María, a quien le decían la ronca,

hablando de las absurdas maneras de entender la sencillez del amor jovial, cuando de pronto se escuchó un grito siniestro salido de la habitación de los hombres, era Cristian con una toalla ceñida a la cintura sonriendo con picardía; cuando María alzó la mirada espantada por el grito, se encontró con la desnudez del caballero a quien le colgaba entre las piernas un miembro viril rasurado y balanceándose de un lado a otro, sediento de una vieja solitaria o de la víctima horrorizada que se escabulló entre carcajadas e injurias. A la pobre mujer le costó sobreponerse a este espejismo, quizá porque deseaba probar las mieles del placer, cohibida siempre por su angelical virginidad guardada para quien lo mereciera.

En el colegio Teodoro se sentía como un forastero impropio. La épica historia que siempre recordó sucedió en el segundo año, todos los catres estaban ocupados, ya no se recibía un alma más, algo que era poco común. Todos estaban reunidos en el comedor, la noche era tranquila y fría, hablaban de lo que habían visto y vivido durante el día, que siempre traía consigo acontecimientos fabulosos. El primero en terminar fue un muchacho de piel morena, voz suave y tranquila y con unos ojos expresivos, sin darle importancia a nada subió a las habitaciones oscuras, con la calma de un sonámbulo despierto y con la angustia del estudio por trabajos sin sentido. Abrió su armario, que quedaba debajo de las escalas que conducían a la terraza, en donde se esbozaba un hueco profundo tan negro como la noche. La puertecilla minúscula estaba al final, sellada con un enorme candado de acero que hasta entonces nunca se había abierto. De pronto, el solitario sonámbulo escuchó un ruido y al mirar hacia las fauces oscuras de las escaleras infinitas vio una luz que se filtraba por la puertecilla entreabierta, de repente se asomó un chicuelo pálido y demacrado, con unas ojeras tinturadas color marrón y una tristeza tangible en las facciones dolorosas de su rostro. El joven pensó que era uno de sus compañeros que le estaba haciendo una jugarreta, con el sosiego que siempre lo caracterizó consiguió preguntarle por qué estaba allá arriba, pero no recibió respuesta alguna, luego vino un movimiento rápido, un rechinar silencioso y una sepultura inamovible, la puerta estaba de nuevo cerrada, en su quietud. Nada más pasó.

Un par de días después el joven angustiado por la visión de ultratumba decidió preguntarle al chiquillo inquieto cómo había abierto la puerta. ¡Vaya sorpresa! El niño juró que él estaba en el comedor con el resto de los compañeros terminando la cena, y no hallaría otra verdad, pues todos, incluyendo Teodoro, lo confirmaron. Esa noche nadie tuvo la valentía de dormir solo, al día siguiente las señoritas sabían la historia, una semana después se rumoraba en todo el pueblo que en el internado se aparecía un niño, luego, alguien se le ocurrió desenterrar la historia de una monja de la época de la colonia que por miedo a ser expulsada de su cómoda vida sirviéndole a Dios, asesinó a su hijo después de haberlo ocultado unos años en la terraza de la casona que ocupaban. Desde entonces el niño empezó a hacer de las suyas; a Nora, una morena de ojos verdes, tan bella y hermosa, le acarició los pies en una madrugada lluviosa y a Rita, de una estatura cómica y con un amor desbordado hacia uno de sus compañeros, una noche calurosa vio al espanto directamente a los ojos, dejándola con la respiración entrecortada, casi al borde de la muerte. El alivio de la pobre llegó cuando Dorian, atraído por el escándalo, la cargo con sus flojas manos, la llevo a su habitación, violando el decreto de prohibición para entrar en aquellos aposentos y se sentó a su lado para acariciarla. Desde entonces el niño se olvidó de sí mismo y no volvió a aparecer.

En el tercer año llegó un invierno prolongado, todo fue aburrido y tranquilo. Cuando dejó de llover aquel lugar era insostenible. A todos los sacaron de su mundo de fantasía y los dejaron a la deriva, abandonados a su suerte. El recuerdo de los momentos felices y los tristes acompañaron a Teodoro toda su vida, incluso, cuando años después se encontró con el moreno que había visto por vez primera el espanto del niño, quien a carcajadas confesó que nunca vio nada, todo había sido un invento metafórico, aunque fue el creador de un caos siniestro, un pánico colectivo, un miedo que aún, después de muchos años, sigue siendo tan real como él mismo, pues quienes habitan en la casona milenaria aseguran escuchar un niño llorar y lo ven rondando entre las sombras buscando algo que nadie cree saber lo que es.

INFORMACIÓN

Nombre: Julián Alexis Cataño Duque

Documento de identidad: 1037501846

Programa del cual se graduó: Licenciatura en Filosofía y Educación Religiosa

Correo: jualcadu1992@gmail.com

Cel. 3104532854